

Declaraciones de don Alvaro de Albornoz

El Embajador de España, don Alvaro de Albornoz, ex candidato a la Presidencia de la República, confía en la pujanza de un pueblo como el suyo, que siempre ha sabido mantener su independencia. Desea regresar cuanto antes a Madrid, en donde ocupará de nuevo la alta posición de Presidente del Tribunal de Garantías. Sólo espera la llegada de Luis Arquistáin, quien viene a hacerse cargo de la Embajada.

Al señor Albornoz le preocupa extraordinariamente que los enemigos de su Gobierno persistan en desacreditar a España, valiéndose de todas las formas de publicidad de que pueden disponer. Y su carácter no se presta para estar en lucha constante con editores y periodistas, empeñados en desfigurar la verdad de lo que ocurre en España.

«Porque Largo Caballero ha formado Gabinete nos ataca la prensa conservadora de las naciones europeas. ¿Pues qué—pregunta el señor Albornoz—, acaso no vienen dominando los socialistas en Francia con el actual Gobierno? ¿Acaso no han gobernado en Inglaterra los laboristas? ¿Acaso no han tenido cooperación las izquierdas en Bélgica, en Suecia, en la misma España durante el primer bienio de esta segunda República? Usted que ha podido palpar la situación española, bien sabe que no somos una horda roja los que estamos en el poder. Y que para vivir la democracia no hemos necesitado la etiqueta de doctrinas ajenas a nuestra realidad».

En el caso concreto de la cuartelada militar el criterio del señor Albornoz, a propósito de etiquetas, a propósito de nombres, a propósito de fascismo, coincide con la opinión del Presidente de la Generalidad de Cataluña. «El Estado Cooperativo italiano—afirma don Alvaro—, como el nazismo alemán, ofrecen características propias que nada tienen de común con estos generales facciosos. Pero el estar apoyados nuestros militares en rebeldía por los regímenes fascistas de Europa; el formar un solo bloque antidemocrático los unos y los otros, ha hecho posible que a la reacción en España se la confunda con los movimientos estructurados de Hitler y de Mussolini. El error, usted lo ve, no puede ser más palpable. Dictadura cavernaria contra democracia, barbarie contra los postulados de mejoramiento social que ha defendido la República, tal es por desgracia la realidad de España. ¡Y lo que resulte de esta hecatombe tendrá que ser definitivo! Ya no es posible la política generosa del Frente Popular, con hombres y con instituciones medioevales que quieren detener la marcha de la historia».

Doña Dolores Ibaruri sonríe piadosamente al verse difamada por los que ganan indulgencias

Al día siguiente me presentan en la Embajada a doña Dolores Ibaruri, "La Pasionaria", pintada por los reaccionarios como una fiera humana que monta sobre cañones y se solaza descuartizando a quien se le ponga por delante. Tiene en la mano un ejemplar de "L'Action Française", periódico católico que al mismo tiempo trafica con la restauración monárquica.

Leo lo que en gruesos caracteres asegura este diario parisiense, cuyos píos accionistas no irán al purgatorio por los muchos años de indulgencia que tienen ganados. Que "La Pasionaria"—informa el virtuoso cotidiano—hizo exponer el día anterior a un pobre monje, en plena calle de Alcalá; y que delante de una multitud salvaje se lanzó sobre él y a destelladas le hendió el cuello hasta cortar las venas y matarle.

Pero eso es poco. En Barcelona una mujer del pueblo, embarazada, no pudo dominar el horror que le produjo el linchamiento de algunos sacerdotes delante de ella. Hace apenas una semana de este bárbaro espectáculo—afirma el periódico—, precisamente durante una visita de "La Pasionaria" a la ciudad condal. Y como la infeliz mujer del embarazo no pudo controlar sus

nervios y empezó a dar gritos, los rojos decidieron castigarla haciendo salir al niño del vientre materno a golpes de bayoneta. Por supuesto, "La Pasionaria" dirigió el ataque de los catalanes.

Doña Dolores Ibaruri, diputado a Cortes por Oviedo, una bondadosa y culta dama vestida de negro, sonríe piadosamente ante semejantes difamaciones. "Así es la propaganda fascista—exclama—. Acabo de llegar de Bruselas en donde he dictado una serie de conferencias. ¡Y "L'Action Française" publica a grandes títulos que en Madrid y en Barcelona yo estaba degollando monjes y provocando alumbramientos a golpes de bayoneta!" No concibe doña Dolores cómo se puede llegar a estos extremos de calumniosa propaganda anticristiana. Ni concibe tampoco la crueldad sin nombre de las derechas, que han llevado a España, a miles de trabajadores, a esta infame carnicería, en la que perecen por igual culpables e inocentes.

Al interrogarla sobre la actuación concreta de su partido en España, me dice sin el más leve titubeo: "El comunismo ocupa un puesto de vanguardia en defensa de las libertades populares, en defensa de la República, en defensa, por lo tanto, del Gobierno de don Manuel Azaña, libremente electo. El Partido Comunista, consciente de su responsabilidad histórica, está con alma y vida luchando por la democracia. El Gobierno de España es un gobierno legal, y nosotros lo apoyamos porque es la representación legítima del pueblo. Sabemos que la historia no camina a saltos, por lo que adaptamos nuestra política a las necesidades del momento que vive nuestro país. Es falso asegurar que el Gobierno español se ha vuelto rojo porque nos hemos unido a los partidos democráticos, enfrentándonos todos juntos a la reacción que ha tomado el nombre de fascismo".

Tocante el problema de Marruecos cree doña Dolores que es fácil resolverlo, como lo tienen resuelto los comunistas españoles en su programa. Autonomía del Rif. Libertad inmediata de Abd-el-Krim. En su concepto ha faltado visión en los hombres que gobiernan, pues no hay derecho de sojuzgar a ningún pueblo ni a ninguna raza. Y en lo que concierne a la unidad española opina "La Pasionaria" que lo indicado es hacerla efectiva, por medio de la autonomía de las provincias, por medio de un sistema federal, acabando en esa forma con la centralización de todos los poderes en Madrid. "Si así lo hubiésemos hecho en el siglo pasado—termina—no habríamos perdido a los países hermanos de América".

La caverna española no ha querido conformarse con la nueva modalidad que rige al mundo

En frases simples, alejadas de todo terror y de toda violencia, explica Dolores Ibaruri los alcances del comunismo en España. Los sindicalistas, por su parte, habían mantenido siempre su tesis de no intervención política, antes de la hecatombe actual. Y el Partido Socialista, aún en aquellos días en que los pistoleros de Gil Robles asesinaban a los trabajadores desarmados, que salían de la Casa del Pueblo, predicaba moderación a los miembros de sus sindicatos, «porque el hacerse justicia por propia mano es táctica que no responde a ninguna doctrina».

Al ser ultimado Calvo Sotelo declararon los dirigentes del socialismo: «Somos partidarios de la revolución, pero de la revolución organizada y consciente que traiga consecuencias siempre humanas, sin falsear los postulados de la justicia y del derecho. Condenamos severamente el atentado y no admitimos discriminación alguna entre quienes lo cometieron. La política española no puede estar formada por una cadena de venganzas. Son los poderes públicos los que deben imponer la justicia implacable».

¡Esas son «las izquierdas bárbaras y destructoras!» ¡Esas «las hordas rojas» dirigidas por Stalin! ¡Esos «los enemigos de Dios y de la patria!» Y aliado con las organizaciones de trabajadores, por supuesto, el gobierno del Frente Popular, el gobierno del «monstruo de Manuel Azaña». Un monstruo